

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA



EL CASTILLO DE LOS VIKINGOS

Fernando Olavarría Gabler

115



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.


Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarria Gabler.

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

EL CASTILLO
DE LOS
VIKINGOS

Fernando Olavarría Gabler



 Al visitar, como turista, la pequeña ciudad de Aberdeen, al norte de Edinburg, encontré una tienda de antigüedades. Desde mi niñez me han atraído algunos locales comerciales como los que exponen a la venta peces y animales exóticos, ferreterías con sus vitrinas repletas de herramientas y los negocios de antigüedades con su olor característico de muebles con termitas y polilla en su madera. Pues bien, como decía, me encontré con esta tienda maravillosa y también misteriosa. Entré en silencio observándolo todo y dirigí mis pasos hacia un viejo mueble que estaba al final de una larga sala, en la penumbra. Era un mueble extraño. Nunca había visto algo parecido. Era una mezcla entre un clavicordio y un escritorio. Tenía una superficie plana para leer o escribir, y una pared vertical donde había múltiples cajones pequeños con agujeros de cerraduras. A la altura de los pies observé tres pedales de bronce.

Si el mueble poseía un instrumento musical éste debería estar en forma vertical porque esa era su dimensión predominante.

Frente al mueble estaba arrimada una silla, tan antigua como éste.

Mientras observaba los múltiples detalles del armatoste, entró a la tienda un joven que se dirigió en forma directa a donde yo estaba. Sin saludar se sentó en la silla, sacó del bolsillo de su chaqueta una llave que introdujo en uno de los pequeños cajones, lo abrió y dentro de él tomó una herramienta metálica en forma de T. Abrió otro cajón sacándolo totalmente de su lugar y en la

profundidad del hueco dejado por el cajón ausente vi un complicado mecanismo de relojería. El joven introdujo la T de hierro y la hizo girar. De inmediato surgió del interior del mueble una música barroca tocada por cuerdas de un clavecín.

El momento era emocionante y placentero.

A los pocos minutos la música cesó bruscamente y del fondo del mecanismo de relojería salió por una ranura, una moneda de oro que rebotó sobre la superficie plana del escritorio. El joven, al darse cuenta de que yo observaba todo esto, guardó la moneda en su bolsillo, introdujo el cajón en su sitio, metió la T metálica en el otro cajón y cerró con llave ambos cajones. Se puso de pie y me dijo: Este mueble pertenecía a mi tatarabuelo. Y no dijo más. Se despidió con una sonrisa y salió de la tienda.

Pasó el tiempo y yo seguía pensando en el estrambótico mueble.

Tuve un día la ocasión de pasar por Aberdeen y sin pensarlo dos veces fui directamente a la tienda de antigüedades. Allí vi al mueble. Intacto en la oscuridad. Le pregunté al dueño del local si estaba en venta.

Es un problema para nosotros -me respondió-. El joven que venía a visitarlo periódicamente, no ha venido más. Han transcurrido dos años y no se ha presentado. La última vez que llegó, parecía estar muy enfermo. Su aspecto era alarmante. Entró tambaleándose, al parecer preso de una fiebre alta o enfermedad

EL CASTILLO DE LOS VIKINGOS

mortal. Se sentó. Sacó una llave del bolsillo pero la dejó allí al no poder abrir un cajón. Después, así como llegó, se fue. Han pasado los años, probablemente ha fallecido o ha emigrado a otro país.

Pensé que el joven había muerto y le pregunté nuevamente al dueño de la tienda si estaba dispuesto a venderme el mueble. Me dijo que sí, el precio no era alto porque significaba un obstáculo en el negocio ya que, por su volumen, ocupaba un lugar donde podían estar otros objetos de mayor valor comercial.

Decidí entonces comprar el escritorio-clavecín. Al ser yo ahora su dueño y estando sólo frente a él, me senté en la silla y lo contemplé con gran satisfacción. Y ahí, sobre la superficie plana del escritorio ¡estaban las dos llaves!

Abrí los cajones y metí el hierro en forma de T en una cerradura que descubrí en el mecanismo de relojería. Sonó la música y después saltó una moneda. Era un ducado de oro. Repetí la maniobra cinco veces y después de dejar todo como antes, me despedí del dueño solicitándole que mantuviera el mueble en su lugar por un tiempo mientras yo hacía los trámites para trasladarlo a mi hogar.

Fui a una casa de cambio, especializada en monedas de colección. Después de que fueron examinadas mis monedas, las avaluaron en un precio tan alto que me dejó totalmente perplejo. El especialista que me atendió, lupa en mano, calculaba la fecha del acuñamiento entre los años 1280 y 1289. Eran auténticos ducados

venecianos. -Mire aquí- me dijo pasándome la lupa-. En el anverso puede observar al Dux de Venecia arrodillado frente a San Marcos, y en el reverso se ve a Jesucristo. Son los primeros ducados que se acuñaron en la historia y su pureza es de 0986.

No es necesario relatar lo que pasó después. Renuncié a todo trabajo y me dediqué a un hobby muy original. Con la fortuna que el mueble me había dado, ahora instalado en mi hogar, me consagré por entero a la Arqueología y viajé a lo largo de Europa excavando en las cimas de cerros y montes donde existían castillos en ruinas. Mi actividad obtuvo sus frutos porque desenterré valiosos objetos históricos de gran interés que vendí o doné a los museos locales. Me convertí en un experto en castillos y fortalezas antiguas. Una de éstas, me había entusiasmado, al tener conocimiento de que era casi una leyenda. En el fiordo al Este de Tangesdal, en el Sur de Noruega, existen unas cumbres que permanecen constantemente entre las nubes. El fiordo es resguardado en su desembocadura por la isla Foldoyna. Las cumbres de Tangesdal están, la mayor parte del tiempo, cubiertas de nubes o invadidas por la niebla, debido a las diferencias de temperatura provocadas por la corriente del Golfo de Méjico que atraviesa el Canal de la Mancha y va a enfriarse en los fiordos de Noruega. Allí, los escasos habitantes de esa región, comentan que en una de las cumbres, siempre cubierta por nubes, existe un castillo que nadie puede ver, salvo en contadas ocasiones, como en algunas noches de luna llena o en los solsticios de invierno.

EL CASTILLO DE LOS VIKINGOS

Fue tan grande mi entusiasmo al tener conocimiento de esto, que organicé una expedición para explorar la cumbre y saber la verdad de ese misterioso castillo. Esperé pacientemente la fecha del solsticio boreal o hiemal y el 21 de diciembre yo ya estaba en esa zona. Había contratado a un helicóptero para que me trasladara al castillo si éste aparecía entre las nubes. Y apareció.

De pronto, en un atardecer grandioso se despejaron las nubes y pude constatar la presencia de una fortaleza inmensa y magnífica que resplandecía, reflejando los destellos de un pálido sol del Norte. Era una visión maravillosa que no olvidaré jamás en la vida.

Impartí las órdenes al piloto para que voláramos presurosos hacia la cima. De pronto la niebla lo invadió todo y la imagen del castillo desapareció ante mi vista. Entonces, en un arrebato de locura, le ordené al aviador que descendiera y aterrizara en un lugar entre las rocas donde yo pudiera apearme. Había traído una mochila con alimentos, agua y otros útiles, ante la eventualidad de estar varios días allá arriba. El piloto me respondió que era imposible aterrizar allí pero sí, podía mantenerse a baja altura para que yo pudiera saltar. Así lo hice y mochila en mano me despedí del aviador cuyo helicóptero remontó vuelo y desapareció en la niebla. Antes, le había dado instrucciones al aviador que si no tenía noticias de mí después de tres días, que organizara una expedición para rescatarme. Había dado órdenes desatinadas. ¿Cómo podrían rescatarme, llegando a un lugar cubierto constantemente por la

niebla? Además, yo no sabía cómo descender por desconocer la ruta de bajada, si es que existía...

Pero, en fin, así se forjan las grandes aventuras.

Caminando, casi a tientas entre las rocas, llegué a un lugar plano y al frente me encontré con las murallas y una gran puerta ¡del castillo!

Me encontraba en esa situación estática, cuando oí las pisadas de un caballo que se aproximaba. Apareció entre la niebla un jinete que pasó delante de mí sin notar mi presencia y acercando la cabalgadura al muro se aferró con ambas manos a una cadena que colgaba a cierta altura y que en su extremo tenía atada un cuerno. Entonces, flexionando ambos brazos se alzó ¡con el caballo entre las piernas!, y luego, soltando una mano sopló por el cuerno para que le abrieran la puerta.

Era tan extraordinaria esta visión que era imposible imaginarme la corpulencia de este hombre que se levantaba con caballo y todo para tocar un cuerno con la intención de que le abrieran la puerta del castillo.

Le abrieron las dos hojas de la puerta, entró montado en su caballo y desapareció en la oscuridad.

Como una de las dos hojas había quedado entreabierta, me escabullí al interior y me encontré en un inmenso patio techado, pavimentado con grandes baldosas de granito. Del caballero no había rastros. Entonces, de la nada, apareció una procesión, la

EL CASTILLO DE LOS VIKINGOS

encabezaba tres frailes. El del medio portaba una alta cruz de bronce. Cantaban salmos en latín y eran seguidos por una veintena de hombres silenciosos que estaban vestidos con pieles. Algunos usaban botas de cuero y otros, sandalias y gruesas medias de lana que cubrían las piernas. Las medias estaban sujetas con correas de cuero que subían entrelazadas hasta las rodillas. Todos cubrían sus cabezas con un casco metálico cónico sin cuernos y como armas, llevaban al cinto largas espadas y también portaban lanzas. Uno que otro empuñaba una pesada hacha. Todos tenían colgando del cuello una cruz cristiana pero no era el único símbolo que colgaba, también lucían una cuerda con un extraño símbolo, era una T invertida que, como amuleto, acompañaba a la cruz cristiana. Según mis conocimientos adquiridos en las excavaciones arqueológicas, esta T era el símbolo o insignia de un dios vikingo. Deduje entonces que estos hombres que vi pasar, eran guerreros vikingos que recién habían sido convertidos al cristianismo pero aún no se desprendían de sus creencias ancestrales y mezclaban en sus pechos los dos símbolos. La procesión marchó frente a mí sin que sus integrantes me hubiesen percibido. Nuevamente quedé solo en este tenebroso lugar. Tenía bastante frío y decidí entrar al castillo pero los muros de piedra no me invitaban a entrar, entonces decidí caminar por un largo pasadizo y al final de éste me encontré con un umbral que no me impedía el paso. Al fondo se oían voces, gritos y carcajadas. Del interior venía un aire cálido que llegaba a mi rostro y hacía contraste

con el ambiente del gélido patio. A mi nariz llegó un apetitoso olor a carne asada que se mezclaba con el olor a humo y también con el desagradable tufo a cuerpo humano desaseado. Entré temeroso. El pasadizo terminaba en una gran sala que lucía un enorme y magnífico hogar donde se estaban asando tres corderos y un vacuno. La grasa de la carne ensartada en los hierros, chisporroteaba y caía sobre las brasas y el apetito surgió repentinamente llenándome la boca de saliva.

Al fondo, en un nivel superior, vi sentado detrás de una mesa, al caballero que había visto la primera vez, estaba acompañado por dos personajes, uno a cada lado, que bebían y comían grandes pedazos de carne asada. En el plano más abajo había largas mesas con banquetas donde los comensales bebían cerveza en grandes jarros y copones y se hartaban con descomunales pedazos de carne que cortaban con un cuchillo. Reían y hablaban a grandes voces y algunos estaban rodeados por varias mujeres. También divisé a siervos o esclavos que servían los pedazos de carne y escanciaban los jarros y copones vacíos.

Cerca de la entrada vi una mesa, más pequeña y apartada de las otras. Allí estaban sentados una mujer anciana y un hombre cuya edad no pude definir. La vieja me divisó y me hizo señas para que me sentara al lado de ella. Obedecí como un niño al llamado de su madre, me ofreció parte del pedazo de carne que estaba comiendo y puso su jarro de cerveza delante de mí.

EL CASTILLO DE LOS VIKINGOS

-Come y bebe- me dijo. Veo que tienes hambre y frío. La fiesta está muy alegre.

Comí y bebí con ansiedad reconfortándome de inmediato y agradeciendo la invitación de la mujer, me presenté, pero ellos no me hicieron caso porque estaban entretenidos observando lo que pasaba delante de ellos.

Después de un largo silencio, me atreví a preguntar quiénes eran los tres personajes que estaban en el nivel más elevado y presidían el festín.

-El del centro, es el dueño del castillo -me respondió la vieja-. Su nombre es Palle Dyre.

Me parece haber leído ese nombre –comenté- en un cuento de Hans Christian Andersen que se titula La familia de Creta, la del corral. Me vinieron dudas, porque la narración donde se mencionaba a ese personaje, se desarrollaba en Dinamarca y en esos momentos yo estaba en Noruega. Al parecer la anciana adivinó mis pensamientos y me respondió que los nobles en esas épocas eran dueños de castillos en diferentes regiones. ¿En esas épocas? ¿En qué épocas?, pregunté. Otra vez la abuela me dijo, ahora en forma imperiosa: De las épocas no te preocupes en absoluto porque mi amigo que está con nosotros, maneja todo esto con la habilidad propia de su nombre.

-¿Cuál es su nombre? , pregunté de inmediato. El aludido me miró fijamente y habló por primera vez. Su mirada era de acero y

me atravesó el cuerpo y el alma.

-Me llaman Tiden y soy invencible, al igual que mi amiga Alderdom que está sentada a tu siniestra.

Asentí respetuosamente y no me atreví a hablar más. Algo había en estas dos personas que transmitían miedo, una gran consideración y un respeto profundo.

Me dediqué a observar a los festejantes, pero antes me había llamado la atención un gran gobelino que colgaba en el muro, detrás de los notables que estaban en el nivel superior. Tenía la figura de un magnífico caballo que poseía ocho patas. No pude seguir guardando silencio y le pregunté a la anciana el significado de este caballo tan original.

-El caballo se llama Sleipnir y pertenece al que está sentado al lado izquierdo del dueño del castillo. Es un caballo que alcanza la velocidad del rayo y montado en él se ganan todas las batallas.

-¿Cuál es el nombre del dueño?

- Su dueño es el dios Odin.

Quedé perplejo. Entonces... balbuceé, el otro personaje... ¿también es un dios?

-Por su puesto, replicó la vieja, el que está sentado a la derecha es Thor. ¿No le ves la insignia colgando de su cuello?

Agucé la vista y reconocí la T invertida que había divisado en el cuello de los hombres de la procesión.

-No sé si te fijaste, dijo Alderdom, que en la procesión iba,

detrás de la cruz, ése que está sentado en la cabecera de aquella mesa situada al fondo, a la derecha. Su nombre es Olaf Hueso de Cuervo. Saqueó las costas británicas y durante su regreso a Noruega pasó por las islas Orcadas y Hébridas y amenazó a sus habitantes de ejecutarlos si no se convertían al cristianismo porque él recientemente se había hecho cristiano. Con ese mismo método cristianizó Noruega y también Islandia. Los adoradores de Thor no pudieron cambiar de ideas religiosas tan bruscamente y es por eso que viste las cruces cristianas mezcladas con los talismanes paganos colgando en los cuellos de los integrantes de la procesión.

También en aquella mesa estaba sentado un gigante. Sobresalía de los demás comensales a pesar de que eran también bastante altos, pero éste era inmenso, tanto en estatura como en anchura y su apetito era concordante con su volumen ya que estaba devorando una pierna de cordero que sostenía con una mano.

Adeldorm, que observaba el estupor que me causaba ese gigante, me explicó: Ese es Hrolf el Caminante. Lo apodan así porque no hay un caballo bastante fuerte que pueda resistirlo, así que el pobre tiene que desplazarse con sus propios pies. El Rey Carlos el Simple se alió con él y le otorgó las tierras de los alrededores de Ruan con el fin de impedir la invasión desde el mar de sus propios compatriotas vikingos.

En otra mesa reían a carcajadas atronadoras, varios hombres. Palle Dyre les gritó desde arriba, donde estaba, que, cómo les había

ido en sus aventuras hacia el Oriente. Los hombres prestaron atención y respondieron que habían navegado hasta Itil por el río Volga. Para ello tuvieron que llevar en hombros a sus drakkars trasladándolos por tierra entre el río Don y el Volga para así continuar viaje.

Entre el bullicio, el humo, el olor a carne asada, la cerveza, las carcajadas de los hombres y los coquetos gritos de las mujeres, medité un instante en lo fuerte que eran esos hombres para llevar en vilo sus pesados barcos de un lugar a otro.

Tiden me comentó: Para llegar a Itil, el viaje se demora alrededor de diez meses. En ese lugar tienen contacto con los árabes. Éstos consideraban que “nunca habían visto cuerpos tan perfectos que el de los mercaderes nórdicos pero también era una de las más sucias razas creadas por Alláh y estúpidos como burros”. No son estúpidos, dijo Adeldorm, son como niños, sus mentes son infantiles, gozan con cosas triviales y también son crueles. Comercian con los árabes en el Oriente, en el califato de Abasí. Cambian pieles y esclavos blancos por monedas de plata que es extraída de las minas de Afganistán. Estas monedas tienen inscripciones que aún no entiendo.

-Lo que dicen esas inscripciones -interrumpió Tiden- es: *“No hay otro dios que Alláh.”* Y en la otra cara de la moneda: *“Él es Alláh, absoluto y eterno, no engendró ni ha sido engendrado y nadie puede comparársele.”*

EL CASTILLO DE LOS VIKINGOS

Ese que ves allá, en la otra mesa -me habló Adeldorm en voz alta para hacerse oír- es Eric el Rojo. Como pelirrojo es de mal carácter. El padre de Eric es el que está sentado al lado de él y se llama Thorvald Asvaldson, es oriundo de estas tierras donde estamos. Thorvald se vio obligado a trasladarse a Islandia después de cometer algunos asesinatos. Allí lo acompañó su hijo Eric, y éste es tan belicoso como su padre. Los esclavos de Eric provocaron un derrumbe que destruyó la granja del vecino Eyjolf el cual mató a los esclavos y Eric mató a Eyjolf. También mató a Hrafn el Duelista. Los islandeses, molestos con estos recién llegados de malos antecedentes, los expulsaron de la localidad y Eric se fue a vivir a otra zona. Allí, al poco tiempo, tuvo una disputa con su vecino, Thorgest, por el préstamo de unas banquetas, Eric recuperó las banquetas por la fuerza y los dos hijos de Thorgest lo persiguieron y Eric los asesinó a ambos. Eric y sus hombres fueron expulsados de Islandia y se fueron a vivir a otra tierra que, por poseer sus praderas con pasto verde, la llamaron Grünland. Es la Groenlandia que tú debes conocer, o haber oído de ella, como “*tierra verde*”.

El que está sentado a la diestra de él, es Leif, su hijo, llamado Leif el Afortunado. Fue el primero que estableció una ruta entre Groenlandia y Noruega y también descubrió América. La tierra donde llegó, la llamaron Vinland (tierra de uvas) ya que uno de los tripulantes de la expedición confundió un fruto de arándano con un grano de vid y se sintieron entusiasmados porque existía la

posibilidad de producir vino. Estaban en América, al norte de lo que ustedes llaman Nueva Jersey. ¿Te das cuenta? Leif y sus hombres descubrieron América mucho antes que Colón.

-Así es- respondí. Lo que he leído es que Leif invitó a su padre Eric en la expedición, pero éste, ya anciano, se había caído y herido y había desistido en embarcarse. ¡Pero ahí los veo a los dos! ¡Jóvenes y plenos de energía!

-No te extrañes- me dijo Aldeldorm. Al banquete también ha sido invitado mi amigo Tiden, que está a mi lado.

El enigmático personaje, sin mirarme, dijo algunas palabras con voz casi inaudible. Lo poco que capté fue “hago lo que se me antoja con ellos y los pongo donde me da la gana”...

-Mira lo que está sucediendo, me dijo la anciana. Vi cómo Palle Dyre, el dueño del castillo, después de mondar una pierna de cordero y, bastante borracho, había lanzado el hueso a la cabeza de un vikingo que se reía a más no poder mostrando su dentadura. Me fijé que uno de sus incisivos era oscuro, probablemente causado por un golpe recibido en algún enfrentamiento. Era Harald Diente Azul, que, sin poder responder el golpe hacia el dueño del castillo, que estaba en esos momentos amparado por los dioses, lanzó el hueso a la cabeza de Eric el Rojo que, al recibir el golpe en la mollera, se levantó furioso llevando su mano a la espada pero no la encontró porque el anfitrión, conociendo el carácter de sus invitados, había dado órdenes a sus

siervos que recibieran las armas antes de iniciarse el banquete. El pelirrojo al sentirse desarmado, agarró una presa de carne de su vecino que estaba sentado al lado y la arrojó con gran fuerza hacia donde había salido el hueso que lo había impactado a espaldas suyas. Esto provocó una reacción en cadena porque a los pocos minutos todos los comensales se lanzaban los huesos y los trozos de carne a medio consumir. Era una batalla furiosa adornada con los gritos y risas de las mujeres, las carcajadas de los hombres, mezcladas con los rugidos de rabia cuando alguien recibía un impacto. Adeldorm reía a más no poder con su risa cascada de vieja y Tiden presenciaba impávido todo aquello. Uno de los proyectiles llegó a la mesa donde yo estaba y para mala suerte cayó en mi cabeza...

Perdí la conciencia y comencé a soñar...

Vi cómo Odin era invitado por Palle Dyre para que luchara contra Adeldorm. El invencible y joven dios se ponía de pie y avanzaba desdeñoso hacia su adversaria pero era derrotado fácilmente por la anciana. Con gran asombro vi al dios que yacía decrepito y enclenque en el suelo.

-¿Sabes el significado de Adeldorm?, me preguntó Tiden.

-No-. Respondí.

-¿Cómo? ¿No sabes noruego?

-Adeldorm significa vejez. Eso es ella.

-Ahora me explico la derrota del dios. Expresé.

-¿Y tú, Tiden, tu nombre también significa algo?

- Significa tiempo. Esa es la razón de que han estado presentes en esta sala diversos personajes que han vivido en diferentes épocas. Me he entretenido con ellos juntándolos como si fuesen piezas de ajedrez.

Nuevamente se borraron las imágenes en mi mente y me encontré frente al dios Thor, sentado detrás de la mesa, y yo de pie frente a él. El dios del trueno me interrogaba.

-¿Cómo llegaste al banquete sin ser invitado?

-Llegué por los aires buscando este misterioso castillo. Te confieso con honestidad que deseo con ansias volver a mi casa.

-Antes de regresar -me dijo el dios- te concedo el privilegio de que me hagas tres preguntas. Empieza.

-Mi primera pregunta: ¿Cómo podré salir de aquí?

-Estúpido. Ya lo sabrás. Te quedan dos.

-¿Qué hay más allá del firmamento?

-Más allá del firmamento no hay nada. Yo reino de allá para acá y de acá para allá. Te queda una sola.

-¿Conoces a Cristo?

-Cristo me ha vencido. Adiós. No nos volveremos a ver.

La imagen del dios se diluía en las sombras.

Me vi rodeado de la tenue luz de la aurora. Estaba tendido de espaldas en el patio del castillo.

El Sol se asomaba en el horizonte. Tenía un terrible dolor de

cabeza y al palparme el cráneo noté un gran chichón. Afortunadamente no estaba sangrando. A lo lejos se escuchó la carcajada de un gallo en un tejado. En esos instantes oí el ruido del motor de un helicóptero. Éste aterrizó suavemente en el patio. Me puse trabajosamente de pie y subí a la nave que alzó el vuelo y se alejó del misterioso lugar.

Llegué sin novedad a mi hogar, en Edinburg. Grande fue la alegría de la servidumbre al verme de vuelta. El mayordomo, después de ponerme al día en las novedades acaecidas en mi ausencia, me relató apesadumbrado, que una mañana había llegado un joven a reclamar el viejo mueble que yo había traído de la casa de antigüedades. Alegó que ese mueble pertenecía a su familia desde varios siglos y era injusto de mi parte el haberme apoderado de él. Sin más, ordenó a los hombres encargados de un carruaje de mudanzas que esperaba en la calle, que entraran y se llevaran el mueble. Fue imposible impedirlo -me confesó el atribulado mayordomo- porque el acto fue sorpresivo y rápido y hasta hoy no he encontrado una pista para recuperarlo.

-No se aflija- le respondí. Ese mueble volvió a su dueño y el dinero que pagué para obtenerlo fue una cantidad irrisoria.

Pasaron los años y en una de mis vacaciones, decidí visitar el sur de Noruega. Se me ocurrió arrendar un avión y sobrevolé la región de la isla Foldoyna. Había buen tiempo y me atreví a volar por el fiordo de la región de Tengesdal. En numerosas ocasiones

efectué vuelos rasantes por encima del monte donde había tenido tan extrañas y asombrosas aventuras pero la cima del monte y las de los otros cerros vecinos estaban libres, sin vestigios de construcción alguna y me fue imposible encontrar rastros del castillo de los vikingos.



Fin

Otros títulos en esta colección

- 01 El sol con imagen de cacahuete
- 02 El valle de los elfos de Tolkien
- 03 El palacio
- 04 El mago del amanecer y el atardecer
- 05 Dionysia
- 06 El columpio
- 07 La trapecista del circo pobre
- 08 El ascensor
- 09 La montaña rusa
- 10 La foresta encantada
- 11 El Mágico
- 12 Eugenia la Fata
- 13 Arte y belleza de alma
- 14 Ocho patas
- 15 Esculapis
- 16 El reino de los espíritus niños
- 17 El día en que el señor diablo cambio el atardecer por el amanecer
- 18 El mimetista críptico
- 19 El monedero, el paraguas y las gafas mágicas de don Estenio
- 20 La puerta entreabierta
- 21 La alegría de vivir
- 22 Los ángeles de Tongoy
- 23 La perla del cielo
- 24 El cisne
- 25 La princesa Mixtura
- 26 El ángel y el gato
- 27 El invernadero de la tía Elsira
- 28 El dragón
- 29 Navegando en el Fritz
- 30 La mano de Dios
- 31 Virosis
- 32 El rey Coco
- 33 La Posada del Camahueto
- 34 La finaíta
- 35 La gruta de los ángeles
- 36 La quebrada mágica
- 37 El ojo del ángel en el pino y la vieja cocina
- 38 La pompa de jabón
- 39 El monje
- 40 Magda Utopia
- 41 El juglar
- 42 El sillón
- 43 El gorro de lana del hada Melinka
- 44 Las hojas de oro
- 45 Alegro Vivache
- 46 El hada Zudelinda, la de los zapatos blancos
- 47 Belinda y las multicolores aves del árbol del destino
- 48 Dos puentes entre tres islas
- 49 Las zapatillas mágicas
- 50 El brujo arriba del tejado y las telas de una cebolla
- 51 Pituco y el Palacio del tiempo
- 52 Neogénesis
- 53 Una luz entre las raíces
- 54 Recóndita armonía
- 55 Roxana y los gansos azules
- 56 El aerolito
- 57 Uldarico
- 58 Citólisis
- 59 El pozo
- 60 El sapo
- 61 Extraño aterrizaje
- 62 La nube
- 63 Landrú

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

- 64 Los habitantes de la tierra
- 65 Alfa, Beta y Gama
- 66 Angélica
- 67 Angélica II
- 68 El geniecillo Din
- 69 El pajarillo
- 70 La gallina y el cisne de cuello negro
- 71 El baúl de la tía Chepa
- 72 Chatarra espacial
- 73 Pasado, presente y futuro mezclados en una historia policroma dentro de un frasco de gomina
- 74 Esperamos sus órdenes General
- 75 Los zapatos de Fortunata
- 76 El organillero, la caja mágica y los poemas de Li Po
- 77 El barrio de los artistas
- 78 La lámpara de la bisabuela
- 79 Las hadas del papel del cuarto verde
- 80 El Etéreo
- 81 El vendedor de tarjetas de navidad
- 82 El congreso de totems
- 83 Historia de un sapo de cuatro ojos
- 84 La rosa blanca
- 85 Las piedras preciosas
- 86 El mensaje de Moisés
- 87 La bicicleta
- 88 El maravilloso viaje de Ferdinando
- 89 La prisión transparente
- 90 El espárrago de oro de Rigoberto Alvarado
- 91 El insectario
- 92 La gruta de la suprema armonía
- 93 El Castillo del Desván Inclinado
- 94 El Teatro
- 95 Las galletas de ocho puntas
- 96 La prisión de Nina
- 97 Una clase de Anatomía
- 98 Consuelo
- 99 Purezza
- 100 La Bruja del Mediodía
- 101 Un soldado a la aventura
- 102 Carda, Cronos, y Cirilo
- 103 Valentina
- 104 Las vacaciones de un ángel
- 105 Ícara
- 106 Las pintorescas aventuras de Adalgisa, condesa de Bosque Verde
- 107 El viejo del saco
- 108 La coronación de Airolga
- 109 Cinisca
- 110 La dulce sonrisa de Aristodella
- 111 Bluewood
- 112 El misterio de la gruta aspirativa
- 113 El Castillo de los Duendes
- 114 El Jardín de Hada
- 115 El Castillo de los vikingos
- 116 El monstruo del río Abuná
- 117 La Alquimia de tres doncellas
- 118 La Casa vacía
- 119 El Bosque Encantado
- 120 El Desfile Onírico
- 121 El Templ Curativo de Yi Sheng
- 122 El Soldado ruso
- 123 El Taco
- 124 El Vendedor Ambulante



 creative commons



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.